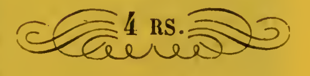
CIRCULO LITERARIO COMERCIAL.

LA ESPAÑA DRAMATICA

DE

D. JOSÉ GARCIA DE SOLÍS.

LA CAPA DE JOSEF.



MADRID:

LIBRERÍA DE CUESTA
calle de Carretas, núm. 9.

OFICINA DEL CÍRCULO
Lope de Vega, 26, principal.

IMPRENTA DE T. FORTANET, LIBERTAD, NUM. 29.
1862.

Catalogo *de las obras dramáticas de la propiedad del* **Cir**
Literario Comercial.

DRAMAS

EN TRES Ó MAS ACTOS.

El Monarca cenobita.
Miguel el esclavo.
Soberbia y humildad.
Cid Rodrigo de Vivar.
La India.
Vida por honra.
Madrid por dentro.
Entre el cielo y la tierra.
Susana.
La duda.
Los hijos de la noche.
El Capitan Pacheco.
Hamlet.
Don Alvaro de Luna.
El triunfo del pueblo libre.
Napoleon en España.
Kuser ó los bandos de Holanda.
La Torre del Duero.
Magdalena.
La Pasion.
El hijo del ciego.
El Castillo de Balsain.
Los Contrabandistas del Pirineo.
El Puente de Luchana.
¡Creo en Dios!
¡Las jornadas de Julio!
Pedro Navarro.
Don Rafael del Riego.
La niña del mostrador.
La mano de Dios.
Reimismunda.
¡Redencion!
Rioja.
Mujer y madre.
El curioso impertinente.
La Aventurera.
La Pastora de los Alpes.
Felipe el Prudente.
Dios, mi brazo y mi derecho.
El Fénix de los ingenios.
Ricardo III.
Caridad y recompensa.
El donativo del diablo.
La hija de las flores.
El valor de la mujer.
La fuerza de voluntad.
La máscara del crímen.
La estrella de las montañas.
La ley de raza.
Sancho Ortiz de las Roelas.
Andrés Chenier.
Adriana.
La ley de represalias.
El ramo de rosas.
Caibar, *drama bardo.*
El Trovador, *refundido.*
Cristóbal Colon.
Un hombre de Estado.
El primer Giron.
El tesoro del Rey.
El lirio entre zarzas.
Isabel la Católica.
Antonio de Leiva.
La Reina Sara.
Ultimas horas de un Rey.
Don Francisco de Quevedo.
Juan Bravo el Comunero.
Diego Corrientes.
El bufon del Rey.
Un voto y una venganza.
Bernardo de Saldaña.
El Cardenal y el Ministro.
Nobleza republicana.
Doña Juana la Loca.
El hijo del diablo.
Sara.
García de Paredes.
Boabdil el Chico.
El fuego del cielo.
Un juramento.
El Dos de Mayo.
Roberto el Normando.
Frutos amargos.
La batalla de Lepanto.

COMEDIAS

EN TRES Ó MAS ACTOS.

Por ser ella sin ser ella.
El hijo natural.
El dinero y la opinion.
Un hombre importante.
Quien más mira ménos ve.
La escala de la vida.
Unos llevan la fama.
Las Indias en la Córte.
¡Mejor es creer!
Los órganos de Móstoles.
La escuela de los minist
El fondo y la corteza.
El tesoro del diablo.
La flor de la maravilla.
El agua mansa.
Un infierno ó la casa de pedes.
El duro y el millon.
El oro y el oropel.
El médico de cámara.
Un loco hace ciento.
La tierra de promision
La cabra tira al monte.
Sullivan.
El peluquero de Su Alte
La consola y el espejo.
El rábano por las hojas
Tres al saco...
Un inglés y un vizcaino
A Zaragoza por locos.
Los presupuestos.
La Condesa de Egmont.
La escuela del matrimo
Mercadet.
Una aventura de Riche
Deudas de honor y amis
Merecer para alcanzar.
Para vencer, querer.
Los millonarios.
Los cuentos de la Rei Navarra.
El hermano mayor.
Los dos Guzmanes.
Jugar por tabla.
Juegos prohibidos.
Un clavo saca otro clav
El marido duende.
El remedio del fastidio.
El lunar de la marquesa
La pension de Venturita
Quién es ella?
Memorias de Juan Garc
Un enemigo oculto.
Trampas inocentes.
La ceniza en la frente.
Un matrimonio á la mod
La voluntad del difunto.
Caprichos de la fortuna.
Embajador y hechicero
Mauricio el republicano.
A quien Dios no le da hi
La nueva Pata de Cabr
A un tiempo amor y for

LA CAPA DE JOSEF

COMEDIA EN UN ACTO Y EN PROSA

ARREGLADA A LA ESCENA ESPAÑOLA

POR

DON JUAN BELZA.

Representada con aplauso en el Teatro del Príncipe la noche del 16 de Febrero de 1854.



N.º 259.

MADRID.

IMPRENTA DE T. FORTANET, LIBERTAD, 29.

1862.

PERSONAJES.	ACTORES.
ANEMONA..	D.ª Mercedes Buzon.
MODESTO INOCENCIO JOSE..	D. Fernando Ossorio.
D. SILVESTRE CENTELLAS. .	Enrique Arjona.
D. SANTIAGO CUCHILLADA. .	Jose García.

La escena pasa en Madrid.

ACTO ÚNICO.

Habitacion de un cuarto piso, amueblado sin lujo: puerta á la izquierda, otra á la derecha, y en el fondo un balcon pequeño: á la derecha una chimenea con relój, puerta en segundo término, un armario en el fondo: mesa con papeles y escribania, sillas de paja y sobre una de ellas una levita, en el suelo una maleta. El balcon estará abierto, y en la barandilla extendida una capa.

ESCENA PRIMERA.

MODESTO entra por la puerta de la derecha como si se levantara de la cama, con pantalon, babuchas y un sobretodo bastante antiguo: se dirige al relój.

Pues señor, las seis de la mañana: justas doce horas!... no es mal dormir. Llegué ayer tarde á las cinco en el ferro-carril, y en seguida me acosté... bien lo necesitaba despues de tres dias de diligencia y camino de hierro... uf!... qué trotar... y todo para qué?... para qué?... no quiero pensarlo, porque yo mismo formo mala opinion de mi persona... Noventa y seis leguas para presenciar mi derrota... un casamiento que ha hecho fiasco... ese tio incivil que se niega á darme la mano de su sobrina bajo el pretexto de que un pasante de procurador no es un hombre completo!... Por mas que me he reconocido, yo no encuentro que me falte nada... ade-

más, si la niña me toma por voluntad propia, segura estará ella de que conmigo no ha de faltarle nada... Quién será ese tio?... deseo conocerle... él está en Madrid, manda en jefe sobre su sobrina, y sin embargo la tiene relegada en Utrera en el mostrador de una confitería... En fin, olvidemos este negocio: no quiero pensar en él, no me da la gana... (*Llaman con violencia á la puerta.*) Calle!... quién será á estas horas? Aprieta!... aprieta!... pues parece que trae prisa. Si será el de las burras de leche? Tan temprano no concibo otra clase de visitas. (*Abriendo.*)

ESCENA II.

DON SILVESTRE.—MODESTO.

SILV. (*Entrando.*) Soy yo, caballero.

MODEST. Muy señor mio, pero no tengo el gusto de conocer á usted, y me dispensará si le recibo en este traje.

SILV. Está usted dispensado.

MODEST. Adelante... (Quién será este hombre?)

SILV. Seguramente, usted no me esperaba tan pronto?

MODEST. Le gusta á usted la franqueza?

SILV. Mucho, sí señor, muchísimo.

MODEST. Pues en tal caso, deberé decirle que ni tan pronto, ni nunca.

SILV. Por lo que veo, y si no me engaño, se preparaba usted á partir?

MODEST. Pues señor, debe usted ser tan corto de vista como de inteligencia, pues léjos de prepararme á partir, acabo de llegar de fuera.

SILV. (*Con sonrisa forzada.*) De veras, eh?

MODEST. Y tan de veras, que anoche á las cinco desembarqué en el ferro-carril, de regreso de Andalucía.

SILV. Y por qué camino, señorito?

MODEST. Por el más corto; pero á qué viene ese interrogatorio?...

SILV. Caballero, ese chiste, si eso es un chiste, podrá hacer gracia á otro que no sea yo.

MODEST. Señor mio, yo no presumo de chistoso, ni mucho ménos pretendo hacer á usted gracia.

SILV. Sí, ya sé que no es á mí á quien pretende usted agradar; pero ante todo le prevengo que mi temperamento es nervioso-bilioso-sanguíneo y que tengo los nervios demasiado irritados para permitirle continuar... Lo sé todo. (*Le arranca una trencilla del paletó.*)

MODEST. Vaya un modo de insinuarse... vamos á ver: y qué sabe usted?

SILV. Con que aun quiere usted una explicacion?

MODEST. Claro está. Me parece que es un accesorio indispensable á la intempestiva visita con que usted se digna favorecerme.

SILV. Caballero, yo soy casado!...

MODEST. (*Suspirando.*) Ah!

SILV. (*Amostazado.*) Por qué suspira usted, caballerito?

MODEST. Por nada, hombre, por nada: es un recuerdo particular mio que se empapela en el mostrador de una confitería. Pero veo que está usted despacio, y si usted gusta... (*Le presenta una silla, á la cual Silvestre da un puntapié.*)

SILV. Seré breve... yo amo á mi mujer, y mi mujer, lo entiende usted bien, mi mujer no ama á nadie en el mundo mas que á mí, aparte de la pasion que tiene por las flores.

MODEST. Pues yo no veo en todo eso...

SILV. Silencio! Qué puede haber de comun entre las flores y yo? Nada, y es una impertinencia...

MODEST. Ciertamente, así como no es pequeña la que existe entre las flores y esta visita.

SILV. No tanto, señor mio, no tanto, y va usted á saber...

MODEST. Precisamente es lo que deseo.

SILV. Con que se empeña usted en que le repita...

MODEST. Todo, sí señor, todo, porque me está usted ha-

blando en chino hace más de una hora, y ya se va apurando mi paciencia.

SILV. Pues bien, puesto que su cinismo, su desvergüenza llega hasta el extremo...

MODEST. Caballero...

SILV. Silencio digo... hace más de un mes que un desconocido, ayudado de ciertos medios altamente reprobados, ha convertido mi domicilio en una sucursal de los portales de la Audiencia ó de la plaza Mayor; es decir, que ha trasladado á mi casa el jardin Francés del embarcadero del canal, ó el del Valenciano de la calle del Barquillo.

MODEST. Pero á mí qué?...

SILV. Por manera que todos los dias cuento por banastas los ramos de flores ó los haces de plantas odoríficas.

MODEST. Excelente procedimiento para embalsamarle.

SILV. Caballerito, basta de calamburs... á mí no me gustan los calamburs...

MODEST. Pues los calamares cuando se guisan con la tinta están muy ricos.

SILV. Se está usted burlando? (*Le arranca un boton.*) Por vida del...

MODEST. Bien, hombre, bien... este prójimo es un bucéfalo.

SILV. Reasumiendo: penetré las intenciones culpables misteriosamente escondidas en aquellos vegetales, y ayer me coloqué de centinela en la esquina de la plazuela de la Cebada, porque yo vivo, bien lo sabe usted, en la calle de la Ruda.

MODEST. No lo sabia, pero debí presumírmelo por la analogía con el carácter.

SILV. Serian las siete y media de la noche cuando sorprendí al seductor, sí señor, *in fraganti* delito de floricultura... con un ramo debajo de la capa: me arrojé sobre él y nos batimos á puñetazos en medio de la oscuridad: «miserable», le dije, «ahora me las pagarás todas juntas.»

MODEST. El qué? las flores?

SILV. No, las intenciones villanas que le conducian á mi calle... «Yo no puedo batirme, me con-

testó, soy maestro de armas y...» «Pues yo lo soy de puños, y no os temo», le contesté... (*Acercándose y amenazando á Modesto.*) Dígame usted, caballero, aquella fanfarronada era para intimidarme?

MODEST. Pero...

SILV. Respóndame usted... era para intimidarme?

MODEST. Pero yo qué sé!

SILV. Caballero, respóndame usted, que se me crispan los nervios...

MODEST. Pues bien, hombre, sosiéguese usted. Creo tambien que sería para intimidarle.

SILV. Pues sucedió todo al contrario, porque redoblando mi furor, le agarré con todas mis fuerzas para tirarle por tierra; pero se me escapó de entre las manos, dejándome en ellas un fragmento de su capa, y huyó en seguida por entre los cajones del Rastro.

MODEST. Con que por lo visto ha concluido la historia, de lo que me alegro infinito, y...

SILV. Qué disparate!... Creiais que esto iba á quedar así? (*Se sienta.*)

MODEST. Calle!... y se sienta... pues estamos frescos.

SILV. Creo, caballero, que estará usted pronto á darme una satisfaccion?

MODEST. La mayor satisfaccion que usted me puede dar á mí, es tomar inmediatamente la puerta, porque no tengo ninguna satisfaccion que dar á usted.

SILV. Cómo!... se negará usted?... un consumado espadachin?...

MODEST. Consumado no, pero sí consumido con tan insufribles sandeces... Yo espadachin!...

SILV. Es inútil que me quiera usted negar lo que estoy viendo por mis propios ojos: aquí está la capa. (*Sacándola del balcon.*) Bien ve usted que le falta el pedazo, la prueba del crímen, y esa prueba héla aquí. (*Enseñándole el pedazo.*) Decidme ahora que no sois el amante de mi mujer.

MODEST. Misericordia!...

SILV. Al verla colgada en este balcon la reconocí en

seguida, y no tuve necesidad de preguntar al portero en el piso en que habitaba usted.

MODEST. (*Aturdido.*) Es exacto, esta es mi capa, este el pedazo!... Pero, señor, le juro á usted...

SILV. Bien lo veo: esas excusas, esas mentiras demuestran claramente lo indigno y cobarde de su conducta.

MODEST. Caballero!...

SILV. Ahora voy á buscar mis armas... Preferirá usted la espada?... Corriente: será con espada... Vuelvo en seguida. (*Vase.*)

ESCENA III.

MODESTO.

Yo no prefiero ningun arma... Caballero, está usted en un error... yo no le conozco á usted, ni quiero tampoco... Caballero... Caballero... (*Gritando desde la puerta.*) Nada, no me oye... Y yo que le he dejado marchar... Pero si me ha dejado aturdido... porque verdaderamente esta es mi capa, no hay duda, la reconozco... Pero, señor, cómo puede ser esto?... La puerta la he cerrado yo mismo... y colocada en la barandilla del balcon de un cuarto piso, no es fácil desde la calle alargar el brazo para cogerla... Lo cierto es que yo no comprendo nada de lo que me pasa, ni qué tengo yo que ver con las flores, ni con esa mujer... Si estaré soñando? No, no, es demasiado cierto!... Yo metido en un lance eminentemente grave!... Yo, un hombre pacífico, inofensivo... Reflexionemos. (*Suenan patadas en el piso superior.*) Ah!... quién es? quién va?... no estoy en casa. (*Asustado.*) Calle! si es el vecino de arriba, el maestro de esgrima, que, como de costumbre, empieza sus academias... Oh!... (*Dándose una palmada.*) qué idea me

ocurre!... (*Asomándose á la ventana.*) Vecino! vecino!... podria usted hacerme el favor de bajar un momento?... La profesion de este hombre le pone en el caso de poderme indicar algun medio para salir de este atolladero... Voy á pedirle consejo.

ESCENA IV.

MODESTO.—CUCHILLADA.

Santiago entra con traje de maestro de armas, chaleco de ante, careta de alambre y un florete en la mano.

CUCH. (*Aparte.*) Si se habrá apercibido de algo?... (*Saludándole con el florete.*) Querido vecino, tengo el placer de saludar á usted.

MODEST. Ay, vecino! Usted no sabe lo que me pasa! En primer lugar, me dispensará si le distraigo un momento... pero amigo, me veo comprometido en un lance y he querido contar con usted.

CUCH. Ha hecho usted muy bien. (*Aparte.*) Pues, señor, no sabe nada.

MODEST. Figúrese usted que tengo un desafio... un marido nervioso que acaba de hacerme una visita, y que se empeña que yo le he ofendido, y para justificarlo me ha contado la historia de una capa y unas flores que creo excusado repetir á usted.

CUCH. (*Aparte.*) Y tanto; como que la sé perfectamente.

MODEST. Y se empeña en que nos hemos de batir inmediatamente.

CUCH. Comprendo: desea usted que le sirva de testigo?

MODEST. No, por cierto.

CUCH. Vamos, quiere usted que le enseñe alguna estocada de recurso. (*Marcándola con el florete.*)

MODEST. (*Quitándole el florete y poniéndolo sobre la mesa.*) No, señor, mucho ménos: á mí no me gustan las estocadas de recurso. Lo que yo deseo es que busque usted en su buena imaginacion un recurso cualquiera para que este duelo no se verifique.

CUCH. No sé cómo... pero por complacer á usted...

MODEST. Sí, sí, piense usted un medio. (*Le hace sentar.*) Busquemos, pensemos...

CUCH. Si pudiéramos envolverle en una causa criminal por injurias...

MODEST. Imposible! no tengo pruebas!

CUCH. Entonces, el mejor medio es intimidarle: haga usted un esfuerzo sobre sí mismo: háblele usted fuerte, asústele...

MODEST. Sí, sí. . Creo que será lo mejor. Procuraré hacerme superior á mi natural dulce é inofensivo. (*Llaman á la puerta*) Han llamado: si será...

CUCH. (*Levantándose.*) Quién, el esposo?...

MODEST. No, no puede ser: el susodicho se anuncia de una manera más atronadora. Con vuestro permiso... (*Va á abrir.*)

ESCENA V.

LOS MISMOS.—ANEMONA, con velo.

MODEST. Una dama encubierta!

CUCH. (*Aparte á Modesto.*) Picaruelo!...

MODEST. Juro á usted que no comprendo!... (*Saludándola.*) Señora!...

CUCH. Le dejo á usted... no debo ser importuno. (*Vase.*)

MODEST. (*Despidiéndole.*) Hasta luego... y no olvide usted mi negocio.

ESCENA VI.

ANEMONA.—MODESTO.

ANEM. (*Levantando el velo.*) Caballero, la audacia de mi visita tiene una justificacion...

MODEST. (*Ofreciéndola una silla.*) Señora...

ANEM. Pero yo adoro á mi marido... mi marido me adora, y esto debe servirme de escusa.

MODEST. No comprendo!...

ANEM. Van ustedes á batirse!—Lo sé todo...

MODEST. Ah!... Entonces usted es la esposa de... y su marido es... Pero, señor, concluiremos hoy?

ANEM. Si sucediese alguna desgracia, no me consolaré jamás!

MODEST. Yo mucho ménos.

ANEM. Ayer hizo usted alarde de su destreza en el manejo de las armas.

MODEST. Ah!... sí... Siempre con la misma cancion!

ANEM. Respete usted á mi marido, caballero; respete la tranquilidad de mi existencia...

MODEST. No deseo otra cosa, pero...

ANEM. Creo que estoy hablando á un hombre de honor...

MODEST. Positivamente; pero señora...

ANEM. Mi marido lo es todo para mí; le amo con idolatría, además tiene un carácter terrible, la cólera le ciega, es sumamente nervioso y lo temo todo, todo, si usted no trata de satisfacerle: sería capaz. . (*Levanta la mano.*)

MODEST. (*Retrocediendo.*) Diablo!

ANEM. Estoy desesperada, porque mi marido tiene presentimientos horribles... (*Con misterio llevándole aparte.*) Se lo diré á usted todo: esta mañana se encontró una araña en la pared de la despensa. . bien sabe usted que esto es de mal agüero.

MODEST. Segun las patas que tenga...

ANEM. Estoy segura de que él no retrocederá: me ha ocurrido venir á ver á usted, y he inventado

un pretexto... (*Enseñando el paquete que traia en la mano y que ha dejado sobre la mesa.*) Mi marido cree que lo ignoro todo.

MODEST. Pero señora... yo no concibo.

ANEM. Es cierto que no atentará usted á su vida?

MODEST. Juro á usted que no he tenido semejante idea.

ANEM. Segura estaba de que me concederia usted este pequeño favor... Así, pues, cuando se encuentren ustedes frente á frente...

MODEST. Cómo?...

ANEM. No se defenderá usted y se dejará herir.

MODEST. Caramba!...

ANEM. Lo hará usted por mí, no es cierto?... Es usted solo... no tiene familia, y poco debe importarle...

MODEST. Cómo qué?... me importa mucho... muchísimo... La pretension de usted, señora, es soberanamente ridícula.

ANEM. No puede usted rehusar este pequeño favor á una mujer que lo implora...

MODEST. Rehuso, rechazo, me niego!... pues no faltaba más... La galantería tiene sus límites... en todo hay límites, y yo...

ANEM. Cómo!... rehusaria usted?...

MODEST. Enérgicamente.

ANEM. Dios mio! Dios mio! era mi última esperanza!... (*Llaman fuertemente á la puerta.*) Alguien llama á esa puerta.

MODEST. Sí, señora... su marido de usted: lo conozco en el modo bestial que tiene de anunciarse.

ANEM. Cielos!... si me encuentra aquí nos matará á los dos!...

MODEST. Pero, señora, si yo le explicaré...

ANEM. Sería inútil, porque no os creerá nada...

MODEST. Podrá ser cierto... y qué hacemos?

ANEM. Escóndame usted, caballero; escóndame usted en cualquier parte. (*Llaman mas fuerte.*)

MODEST. (*Escondiéndola en el cuarto de la izquierda.*) Aquí, señora, aquí, y procure escapar lo mas pronto posible... Toda esta gente se ha vuelto loca, y á mí me volverán tambien loco. (*Va á abrir.*)

ESCENA VII.

SILVESTRE.—MODESTO.—ANÉMONA, escondida.

SILV. (*Con dos espadas bajo el brazo.*) Ya estoy de vuelta, caballero.

MODEST. Lo siento bastante, porque maldita la falta que me hacen las visitas de usted.

SILV. (*Enseñando las espadas.*) Hé aquí nuestro negocio.

MODEST. (*Aparte.*) Que no te llevaran los diablos!...

SILV. (*Poniendo las espadas sobre la mesa y reparando en el florete que se dejó Santiago.*) Hola! parece que se estaba usted ejercitando?...

MODEST. Sí, señor!... Estaba probando el brazo, como se suele decir en términos técnicos. (*Silvestre coge el florete y se ensaya, tirando estocadas en la puerta donde está Anémona escondida.*) Pero qué diablos hace usted?... Si le es indiferente, tire usted en esta otra pared... que es más sólida...

SILV. Tengo entendido que es usted un gran tirador!...

MODEST. (*Aparte.*) De autos y pedimentos podrá ser, pero dejémosle en su error .. Si pudiera intimidarle!... (*Alto.*) Positivamente, caballerito, hay pocos que puedan compararse conmigo, mi fama es europea, y sentiria que por una casualidad...

SILV. (*Se sienta.*) Muy bien, muy bien!...

MODEST. Y se sienta!... si pudiera hacer escapar á su mujer!... Ah! qué idea...

SILV. Qué decia usted?

MODEST. Que en la superioridad que tengo sobre usted, no sería leal, por parte mia, haberme estado yo ejercitando más de media hora, al paso que usted hará mucho tiempo que no ha tomado un florete en la mano.

SILV. Es cierto, pero eso nada importa.

MODEST. Importa mucho... tengo mis escrúpulos y exijo de usted que haga lo que yo acabo de hacer... Vamos, caballero, vamos... manos á la obra.

SILV. Es inútil, pero esa pretension tiene algo de delicada y no quiero disgustarle. (*Toma el florete y tira estocadas á la pared izquierda.*)

MODEST. (*Abriendo la puerta del fondo y dirigiéndose luego á la de la derecha.*) Señora, á ver como puede usted escapar ahora que está vuelto de espaldas.

SILV. (*Volviéndose.*) Qué decia usted?

MODEST. No, nada, nada absolutamente... que tiene una arrogante figura con el florete en la mano... adelante... adelante. (*Silvestre sigue tirando, Modesto detrás de él lleva el compás con el pié. Anémona sale y se escapa por la puerta del foro, dejando caer una silla: al propio tiempo Modesto le da un pisoton.*)

SILV. Qué es eso?... (*Quejándose.*) Ah!... uf!...

MODEST. Usted dispense, ha sido sin querer.

SILV. Me acaba usted de espachurrar el callo número veinte y tres.

MODEST. (*Aparte.*) Que no te pudiera del mismo modo espachurrar la cabeza. Ahora estoy mas tranquilo... solo me falta desembarazarme de este mameluco.

SILV. Qué le parece á usted la pradera del canal hácia el cuarto molino?

MODEST. Magnífico sitió para comerse una cazuela de arroz con pollos, ó un par de tortillas con escabeche.

SILV. Creo que será el más á propósito para concluir nuestro negocio. Ha buscado usted ya su testigo?

MODEST. Dale y qué pesadez... tenemos tiempo.

SILV. No tanto, no tanto: va usted á vestirse inmediatamente, porque nos vamos.

MODEST. A dónde?

SILV. En busca del que acostumbra á servir á usted en esta clase de asuntos.

MODEST. Pues no hay duda que antes de encontrarle, ya habremos andado camino.

SILV. (*Tirando con el florete.*) Caballero, se me va

ya acabando la paciencia; le tengo á usted dicho que soy superlativamente nervioso, y no quiere usted hacer caso..... esto acabará mal. (*Tirando floretazos á las paredes, las sillas y los papeles que hay sobre la mesa.*)

MODEST. Positivamente, como continúe usted con esos arranques tan bárbaros... pero hombre, que me lo rompe usted todo, que todo me lo desbarata!... el órgano de la destructibilidad se ha desarrollado en usted de una manera espantosa.

SILV. Pierda usted cuidado. (*Tira un floretazo á la mesa y cae al suelo el corsé de Anémona.*)

MODEST. Gran Dios!...

SILV. Calle! qué es esto, caballero?

MODEST. Nada... un recuerdo de familia: tenga usted la bondad de devolvérmelo.

SILV. (*Examinando el corsé.*) Me se figura que esta prenda íntima del cuerpo de una mujer no me es desconocida!..

MODEST. Qué disparate!... Hágame usted el favor de devolvérmelo...

SILV. Sabe usted que amo á mi mujer, que estoy seguro de que ella me ama, pero que si por casualidad me hiciese traicion sería capaz de matarla!...

MODEST. Que sea muy enhorabuena... Pero qué tiene de comun...

SILV. No lo sé, pero al ver esta marca azul, una sospecha amarilla cruza por mi imaginacion... (*Amenazando.*) y...

MODEST. Señor mio: usted me tiene hecho á mí todo un arco iris: estoy ya cansado, aburrido, desesperado... Hombre... usted me carga... usted apura mi paciencia:.. y como me sobe usted más, llamaré á la guardia, al alcalde de barrio, á los agonizantes que están en la esquina...

SILV. Procure usted que cuando yo vuelva esté aquí ya su padrino. Volveré al instante. Voy en busca de mi mujer, y como la encuentre sin corsé... (*Hace que se va y vuelve dándole una palmada en el hombro. Modesto que está descuidado, cae*

al suelo, creyendo caer sobre la silla que tiene detrás.) Vuelvo al instante, si señor, al instante. (*Vase.*)

ESCENA IX.

MODESTO.

Bueno! hé aqui que este pícaro negocio se embrolla cada vez más, y ese bruto volverá, sí señor, volverá positivamente!... Hasta ahora no habia otra prueba que esa maldita capa, ese testigo incomprensible, porque verdaderamente por mas que reflexiono no puedo comprender cómo ha sucedido esto... en fin, tal vez pudiera haberse arreglado... pero, y ahora?... Este nuevo indicio, ese pícaro corsé olvidado por esa mujer... Positivamente todos están locos!... quisiera verla delante de mí para escarnecerla, para insultarla... para... pero calle, ya está otra vez aquí!...

ESCENA X.

MODESTO.—ANEMONA.

ANEM. Caballero, acabo de ver salir á mi marido, y he corrido inmediatamente, porque en mi turbacion he olvidado una cosa...

MODEST. Sí, señora, el corsé.

ANEM. Démele usted.

MODEST. Bien quisiera complacerla, pero me es imposible.

ANEM. Cómo?

MODEST. El salvaje de su marido de usted, si señora, el salvaje, no retiro la palabra; al poner en desórden toda mi casa con sus arranques nerviosos, ha descubierto el corsé, y se ha apoderado de él.

ANEM. (*Se desmaya.*) Ah! soy perdida!

MODEST. Señora, señora! pues no me faltaba mas que esto... Y yo que no sirvo para ver lástimas!... Qué hacer, Dios mio! qué hacer! (*La sienta en una silla. Llamando por la ventana.*) Vecino! vecino!)

ESCENA XI.

LOS MISMOS.—CUCHILLADA.

MODEST. Pido á usted mil perdones; pero me hallo en un compromiso.

CUCH. Es ella!... Es necesario socorrerla.

MODEST. Precisamente para eso le llamaba... Yo soy demasiado sensible, y me asustan los ataques de nervios... Se conoce que es una enfermedad general en la familia de esta señora.

CUCH. Quitémosla el sombrero. (*Santiago la quita el sombrero. Anémona deja caer el pañuelo de la mano.*)

MODEST. Sí, sí; qué más hemos de hacer?...

CUCH. No tendrá usted alguna esencia para hacerla respirar?

MODEST. No sé!... ah! sí, mi polvo de rapé... aquí está la caja.

CUCH. Qué disparate!... Vaya usted corriendo á la botica de enfrente... que le den á usted éter... algunas sales...

MODEST. Volando. Pero, Dios mio, qué série de catástrofes... (*Vase.*)

ESCENA XII.

ANÉMONA.—CUCHILLADA.

CUCH. Es ella!... la que amo!... la que adoro!... qué feliz casualidad!... pero, cómo presentarme en este traje? (*Se quita el chaleco de peto y lo tira junto al armario; coge la levita de Modesto que está sobre una silla, y se la pone.*)

ANEM. Dónde estoy! (*Volviendo del desmayo.*)

CUCH. En seguridad, señora! cerca de un hombre que protegerá á usted, que la defenderá á riesgo de su vida.

ANEM. Qué quiere usted decir?

CUCH. Déjeme usted aprovechar este encuentro inesperado para decirla lo que hace tanto tiempo ha debido usted comprender...

ANEM. Caballero, no conozco á usted...

CUCH. Es cierto, porque temeroso de comprometer á usted, busqué un lenguaje alegórico.

ANEM. Pero, no comprendo!...

CUCH. El lenguaje de las flores.

ANEM. Será posible?... Con que usted es...

CUCH. Sí, señora... yo que la adoraba en silencio, que he seguido sus pasos, que espié sus gustos... y todos los dias encontraba usted en sus balcones los ramilletes que eran mas de su gusto, colocados por mi mano.

ANEM. Con que esa mano misteriosa... esa persona que me adivinaba, que me comprendia...

CUCH. Yo, señora, yo.

ANEM. Ah! caballero, déjeme usted! Vea por qué fatal encadenamiento de sucesos me ha comprometido!... En mi turbacion dejé antes en esta sala un objeto que en este momento mi esposo ha sorprendido!... y si no puedo recobrarlo, soy perdida!...

CUCH. Os prometo que lo tendreis!...

ANEM. Pero cómo?... si eso es imposible!...

CUCH. Ignoro por qué medio; pero respondo del éxito.

ANEM. No me atrevo á esperar... pero suena ruido en la escalera!... es su voz!...

SILV. (*Dentro.*) Es el señor que vive en el cuarto piso: os digo que está en casa.

CUCH. Disputa con el portero.

SILV. (*Dentro.*) Sois un animal.

ANEM. Qué hacer?... yo estoy muerta!

CUCH. Y bien, señora, esta es la llave de mi cuarto; es en el quinto piso: corra usted: aun será tiempo... enciérrese en él... allí encontrará, tal vez, un refugio.

ANEM. Pero!...

CUCH. No tema usted nada... La juro por mi honor que no tengo otra llave, y por consecuencia...

ANEM. Caballero, me fio en la lealtad de su palabra! (*Toma el sombrero y sale precipitadamente.*)

ESCENA XIII.

CUCHILLADA.—Despues SILVESTRE.

CUCH. Calle! se ha dejado el pañuelo... Diablo! podria comprometerla nuevamente... guardémosle para devolverle despues. (*Lo guarda en el bolsillo del pecho de la levita.*)

SILV. (*Dentro.*) Os digo que subiré.

CUCH. Ahora el otro!... dónde me esconderé?... ya sube!... ah! en este armario... desde aquí pódré observar... (*Se esconde en el armario.*)

SILV. (*Entrando y dirigiéndose á todas las puertas.*) Nadie: el portero no me engañaba. Esperemos. (*Tira sobre la mesa el corsé y se pasea á grandes pasos.*) Mi mujer no estaba en casa y no la he podido exigir una explicacion... Oh! es necesario que yo aclare este misterio!... y este

hombre no viene. (*Se asoma á la ventana: Santiago abre el armario con precaucion, coge el corsé de encima de la mesa, pone en su lugar su chaleco y vuelve á cerrar.*) Son más de las once... siento ruido!... ya creo que sube!

ESCENA XIV.

SILVESTRE.—MODESTO.—CUCHILLADA, escondido.

MODEST. (*Con dos botellas y unos papeles en la mano.*) Ya estoy aquí... ya estoy aquí... vengo corriendo...

SILV. Gracias á Dios!

MODEST. (*Aparte.*) Calle! por dónde se han ido los otros? (*Al ver á don Silvestre deja caer las botellas.*)

SILV. Me parece bastante grosero el que llegue en su busca y no encuentre á nadie en la casa...

MODEST. Bien, hombre, bien; hágame usted el favor de dejarme en paz.

SILV. Hace más de media hora que espero á usted.

MODEST. Lo siento mucho... pero he tenido que ir á la botica...

SILV. Y para qué es todo ese aparato?

MODEST. Para qué? (*Aparte.*) Qué le diré!... ah! sí, ya sé... estos son los agentes químicos...

SILV. Cómo?

MODEST. Me estoy ensayando en el arte de la fotografía: trato de hacer mi retrato para conservar un recuerdo en el caso que usted me...

SILV. Muy bien... pero volviendo al asunto principal; no he encontrado á mi mujer y no he podido exigirla ciertas explicaciones... Querrá usted hacerme el favor de dármelas y explicarme por qué se encuentra esta prenda en su casa? (*Tomando sin mirar el chaleco de encima de la mesa.*)

MODEST. El qué?...

SILV. Esta prenda.
MODEST. Y esto, qué es.
SILV. El corsé.
MODEST. Esto no es un corsé.
SILV. Por vida de!... dónde lo ha escondido usted?
MODEST. Pero hombre del diablo!... si acabo de entrar... si me ha visto usted que no me he arrimado á la mesa!...
SILV. En esta casa hay duendes?
MODEST. Eso digo yo, porque áun no me puedo explicar el lance de la capa.
SILV. Y no podrá usted decirme tampoco...
MODEST. Nada, nada absolutamente... pero le aseguro á usted que jamás he pensado en hacer el amor á su deliciosa mujer, y la prueba que acabo de hacer un viaje á Utrera, donde se aposenta la señora de mis pensamientos... una muchacha encantadora á quien conozco hace un año; y que ya sería mi mujer si un tio de quien depende y que está en Madrid, no se hubiera opuesto á la boda.
SILV. Le conoce usted?
MODEST. No, señor... pero escribió una carta con la más rotunda negativa. Me han dicho que seria inútil verle, porque es un animal de bellota.
SILV. Y sabe usted cómo se llam?
MODEST. Sí, señor: un nombre que le cuadra perfectamente: don Silvestre Centellas, permita Dios le parta una idem...
SILV. Caballero, yo soy ese tio!...
MODEST. De veras?... Hombre, debiera habérmelo figurado antes!...
SILV. Y usted se llama Josef?
MODEST. Precisamente; Josef Inocencio Modesto Patarrofa...
SILV. Pues bien, señor de Patarrofa, si antes me opuse á esa boda, cuando áun no conocia á usted, ahora que le conozco...
MODEST. (*Con alegria.*) Consentireis?...
SILV. Al contrario... le niego nuevamente la mano de mi sobrina, y va usted á seguirme inmediatamente.

MODEST. Pero...

SILV. Ménos contestaciones... sígame usted.

MODEST. Bien está... pero déjeme usted que me ponga mi levita.

SILV. Vamos, pronto.

MODEST. (*Buscándola.*) Dónde estará?... Si la habré guardado en el armario? (*Va abrir y se encuentra con Cuchillada.*) Ah!.... (*Vuelve á cerrar.*)

SILV. Eh! Qué es eso?

MODEST. Nada, que me he torcido un pié... un desguince... (*Hablando bajo á Santiago.*) Que me hace falta la levita!... (*Santiago se la da.*) Pero, señor!... qué hará mi vecino en el armario?...

SILV. Estamos ya?...

MODEST. Cuando usted guste. (*Aparte.*) En el momento que se me proporcione una ocasion, echo á correr y le dejo con un palmo de narices. (*Salen por la puerta del foro. Modesto va delante y suena ruido como de haberse caido en la escalera.*)

SILV. Adios, ya se mató!... no vaya usted tan deprisa... espéreme usted. (*Vase.*)

ESCENA XV.

CUCHILLADA.

Partieron!... oh! felicidad!... ahora podré devolverle este objeto que tanto podia comprometerla!... un título más á su reconocimiento!... Este simple bien podia haberme dejado su levita!... si yo tuviera la mia!... pero fué preciso empeñarla en el Monte para pagar las flores!... En fin, cómo ha de ser! la recibiré en traje de academia. (*Se pone el peto.*) Aquí está.

ESCENA XVI.

ANEMONA.—CUCHILLADA.

ANEM. Y bien caballero?...
CUCH. Aquí está el corsé; he triunfado.
ANEM. Oh! gracias, es usted mi salvador!
CUCH. Y sin embargo, va usted á partir!... ya no la volveré á ver?...
ANEM. Es preciso!... pero cuente usted siempre con mi agradecimiento.

ESCENA XVII.

LOS MISMOS.—MODESTO, que entra precipitadamente.

MODEST. Aun está usted aquí, señora?... Usted se ha propuesto perderme?...
ANEM. Y mi marido?... dónde está mi marido? muerto tal vez?...
MODEST. Desgraciadamente creo que está bueno y sano.
ANEM. Pero, y usted?...
MODEST. Yo, señora, deseoso de evitar que hiciera conmigo una de sus brutalidades, me he metido en un coche de plaza frente al Suizo, antes de que pudiera alcanzarme, gritándole desde la ventanilla: «al cuarto molino!» Le vi despues tomar otro coche, pero antes de que me adelantara previne á mi cochero lo que debia hacer; y en tanto que mi vehiculo me ha trasladado á casa, colándose por la calle del Turco, su esposo de usted estará trotando en el suyo camino del Canal.
CUCH. Pero no tardará en conocer el engaño, volverá, y entonces...

MODEST. No será tan pronto que no me dé tiempo para arreglar mi maleta y poner piés en polvorosa. En cuanto á usted, señora, me hará el favor de salir prontamente de mi casa, y no vuelva yo á verla á usted en ella.

ANEM. Corriente, caballero: yo sé lo que debo hacer. (*Vase.*)

MODEST. Mejor, si señora, vaya usted con Dios y hasta nunca! (*Empieza á arreglar la maleta.*)

ESCENA XVIII.

CUCHILLADA.—MODESTO.

CUCH. Y no poder ofrecerla el brazo!... Si tuviera mi paletó! si mi levita no estuviera empeñada!...

MODEST. (*Cerrando la maleta.*) Ya he dicho al portero que se encargue de la habitacion... y voy á buscar lejos de Madrid el reposo que aquí me niega mi maldita suerte. Oh! este dia es para mí una série de aventuras inexplicables!... Daria cinco duros, si señor, cinco duros, por averiguar... por tener la llave de este misterio...

CUCH. Habla usted formalmente?... seria usted capaz de sacrificar cinco duros por descubrir...

MODEST. Positivamente. No le parece á usted natural?...

CUCH. Y tanto, amigo querido! Por ese precio puedo satisfacer la natural curiosidad de usted.

MODEST. Ah!....

CUCH. (*Tomándole de la mano.*) Ha de saber usted que yo hago el amor y la guerra á las mujeres por el parecido. Por espacio de muchos años amé con delirio á una jóven, y para mejor ocultarnos en nuestras correspondencias, ella se firmaba Florinda y yo Gustavo...

MODEST. Pero!...

CUCH. Jamás se borrarán de mi memoria los deliciosos dias que pasé á su lado en Alcalá y en Aran-

juez... hubiera dudado hasta de Dios, primero que de su cariño; sin embargo, á mi regreso de un viaje que hice á Andalucia, me encontré con un horrible desengaño... mi plaza estaba ocupada!... En el último grado de desesperacion, juré vengarme de todas las mujeres que se le parecieran... haciéndolas el amor, seduciéndolas, engañándolas, para abandonarlas en seguida... y sin embargo, lo que es el verdadero cariño!... lejos de ella... infiel y perjura... la amo todavía... vivo con ella en el pensamiento cuando estoy despierto, sueño con ella dormido!... En fin, hace dos meses que conocí á la señora de Centellas, su extraordinario parecido con mi Florinda, me hizo resolver atarla al carro de mis venganzas... supe que era frenética por las flores, y la inundé!...

MODEST. Hombre!...

CUCH. Déjeme usted continuar: lo que sabe usted hasta ahora, solo puede valer tres pesetas... mis recursos se acabaron, y ayer no tenía ya ni un cuarto; en tal situacion, envié mi gaban al Monte de Piedad para comprar los dos primeros ramos de lilas blancas que se habian presentado en la plaza Mayor.

MODEST. Pero, yo no veo...

CUCH. Ahora verá usted claro, clarísimo. En posesion de mi obsequio, era preciso ir á llevarlo, pero no en mangas de camisa... nada! ni una mala chaqueta... En el último grado de la desesperacion, me asomé á la ventana, me puse á reflexionar... Era ya casi de noche, cuando por casualidad dirigí la vista á este balcon y... oh felicidad!... veo la capa de usted... una capa magnífica!

MODEST. Mi capa! ..

CUCH. Justo... y con una cuerda y un clavo retorcido practiqué la ascension aereostática, y corrí donde el amor me llamaba... y á mi regreso, volví á colocar, por el mismo procedimiento, la capa en el sitio donde la encontré.

MODEST. Ahora le comprento todo!...

CUCH. Tal es la llave de este misterio... (*Alargándole la mano.*) Y espero ahora el cumplimiento de la palabra.

MODEST. Y cree usted que una conducta tan indigna, un proceder tan escandaloso... que el haber comprometido mi tranquilidad y mi existencia, debo pagarlo aún con mi bolsillo?...

CUCH. Lo ha prometido usted, caballero.

MODEST. Esas son palabras al aire... pero ya que todo se me explica, voy á buscar al marido y á revelárselo todo.

CUCH. Señor mio, se guardará usted muy mucho...

MODEST. De lo que me guardaré será de guardar silencio por más tiempo.

CUCH. (*Tomando el florete.*) Entonces, caballero, me dará usted una satisfaccion.

MODEST. Dale con las satisfacciones.

CUCH. En fin, si dice usted una sola palabra, si comete la menor indiscrecion, lo mato á usted como á un perro.

MODEST. Pero...

CUCH. Reflexione.,. y no olvide que, aunque ausente, tengo la vista siempre sobre usted... (*Va á salir y vuelve.*) Que tengo la vista sobre usted...

MODEST. (*Cargado.*) Bien, hombre, bien; déjeme usted en paz...

ESCENA XIX.

MODESTO.

Esto es insoportable... yo tengo calentura... yo quiero morirme... me quiero ahorcar... donde hay un clavo... una cuerda... cualquier instrumento... pero, señor, yo que soy un hombre pacífico, inofensivo... que con nadie me meto, que á nadie hago daño... que soy incapaz de pegar un puntapié al gato cuando se me come

la cena ó el almuerzo!... Qué hacer!... ah! sí, mi primera idea... la fuga es el partido más sabio... huyamos de esta casa donde hoy se han desencadenado todos los demonios... todas las furias del infierno... (*Cierra la maleta, se la echa á la espalda y va á salir.*)

ESCENA XX.

MODESTO.—SILVESTRE.

MODEST. (*Dejando caer la maleta y sentándose sobre ella.*) Pues señor, es demasiado tarde!...

SILV. Llegué á tiempo!

MODEST. Sí, señor... es usted muy oportuno.

SILV. Sabe usted que al reflexionar sobre la indigna conducta de usted, me dan intenciones de apalearle?...

MODEST. Pues reflexione usted mejor, y resista á la tentacion.

SILV. Es que no resistiré á ella, como no me dé usted una explicacion que me satisfaga.

MODEST. Pero cálmese usted, hombre, y yo se lo prometo. Voy á decírselo á usted todo.

SILV. Todo! Porque aquí debe haber alguna cosa que yo ignoro aun, y sospecho...

MODEST. Pues sospecha usted con justicia.

SILV. Pronto!... esa explicacion, y no trate usted de engañarme, porque á pesar de todo discurro que usted es el principal autor.

MODEST. Pues discurre usted como un perro mastin.

SILV. Cómo? no me exaspere usted.

MODEST. Al contrario, si lo que deseo es que usted se calme... yo, yo no soy el culpable...

SILV. Adelante.

MODEST. Ni ha sido sobre mis hombros donde usted ha visto esa capa.

SILV. Pues entonces, quién?

Modest. Dos palabras solamente aclararán á usted todo el misterio. (*Santiago aparece oculto en la puerta del fondo, amenazándole con una pistola.*) Jesus mil veces!!... y yo que habia olvidado... allí está!... el asesino!..

Silv. Acabará usted ó no?...

Modest. (*Desconcertado.*) Tenga usted la bondad de sentarse...

Silv. Gracias! lo que deseo...

Modest. Sí... sí... ya comprendo... caballero, las apariencias son como las mujeres... siempre engañadoras... no lo digo por la de ustd... pero...

Silv. Al hecho, al hecho... es usted ó no?...

Modest. No, no; y mil veces no...

Silv. Entonces, quién es?...

Modest. Ese es el negocio. (*Viendo otra vez á Santiago que le amenaza.*) Qué va á hacer ese animal... Uff!... que calor hace aquí... desearia usted tomar alguna cosa?...

Silv. Sí, caballero: tengo sed de sangre.

Modest. Y yo de cerveza...

Silv. Se está usted burlando de mí?...

Modest. Por las once mil vírgenes y los santos mártires de Zaragoza... Vea usted que no miento... que estoy sudando la gota tan gorda. (*Saca para limpiarse la frente el pañuelo de Anémona. Silvestre se lo arranca.*)

Silv. No, no me engaño, este pañuelo lo conozco... se lo compré hace tres dias!...

Modest. Pero señor, cómo es posible?...

Silv. Oh, qué infame traicion!!... mi mujer me vende... mi mujer ha venido á esta casa... tal vez está aun en ella... desgraciado!... si llego á encontrarla... (*Entra en la habitacion de la derecha.*)

Modest. Señor Centellas, ó don diablos!... usted abusa de mi posicion,.. usted es un asesino!... un cafre!... la paciencia se me acaba... (*Silvestre sale de la habitacion de la derecha y entra en la de la izquierda.*)

Silv. Nada!... nada!... veamos aquí...

Modest. Señor mio... párese usted... usted se ha figura-

do que mi casa es algun meson?... (*Suena dentro el ruido de la bajilla rota. Modesto cae anonadado sobre una silla.*) Ay!... me aplastó!...

ESCENA XXI.

MODESTO.—ANEMONA.—Despues SILVESTRE.

ANEM. Caballero, aquí me he dejado olvidado un pañuelo...

MODEST. Pues señor, bien... tiró el diablo de la manta... (*Juntando las manos y mirando al cielo.*) «Creo en Dios Padre, Todopoderoso...»

ANEM. Caballero, yo no he venido aquí á rezar.

MODEST. Pues debe usted entonar conmigo esta símbolica oracion, porque el cosaco de su marido de usted está ahí y nos va á hacer pedazos!!...

ANEM. (*Vacilando.*) Ah!... Soy perdida!

MODEST. Corra usted, señora... tal vez sea tiempo aun...

ANEM. Imposible... no puedo dar un paso, me pongo mala... (*Próxima á desmayarse.*) Deme usted su mano!

MODEST. No me toque usted, señora!...

ANEM. Por favor .. agua... qué me ahogo!...

MODEST. Y se va á desmayar efectivamente!... Y yo tambien... (*Vacilando ambos al lado de dos sillas que estarán en medio de la escena; por fin se dan la mano para sostenerse. Silvestre aparece y se coloca en medio del grupo dejando caer las manos sobre los hombros de los dos que quedan sentados.*)

SILV. Cielos!... seguro estaba!...

MODEST. Confiteor Deo!...

SILV. Y bien, caballerito, me lo negará usted aun?... (*Levantando el brazo para pegarle.*) Y usted, señora, me explicará...

ESCENA XXII.

LOS MISMOS.—CUCHILLADA, entrando.

CUCH. La explicacion es muy sencilla, y la daré yo.

SILV. Yo no conozco á usted, caballero!...

CUCH. No es extraño. Soy don Santiago Cuchillada, teniente de armas, con real título, y siempre á la disposicion de usted.

SILV. Pero, no comprendo!...

CUCH. Un poco de calma. Desde esta mañana su esposa adivinó ciertos proyectos, ha seguido á usted, le ha espiado, y se ha dirigido á mí, encargándome que sirva á usted de padrino, y que defienda su vida.

SILV. Será cierto! Oh! Anémona mia!

MODEST. Esto se arregla mejor de lo que yo pensaba: un cirio de diez libras le ofrezco al Cristo del Pardo y dos velas á la Vírgen de la Paloma, si...

CUCH. Hé aquí el motivo por que la pobre señora ha venido á esta casa, asustada, temblando... y todo por usted, caballero.

SILV. Si lo decia yo bien... Mi esposa no ama á nadie mas que á mí...

MODEST. Puesto que todos estamos satisfechos, olvídese todo y abracémonos...

CUCH. (*Deteniendo á Modesto y dirigiéndose á Silvestre.*) Ya que estoy enterado del negocio, me admitirá usted como testigo y me permitirá arreglar las condiciones...

SILV. Con mucho gusto...

MODEST. Pero qué condiciones, hombre?... Este empieza otra vez á hablar en chino.

CUCH. (*A Modesto con gravedad.*) Aquí no hay chino ni china... Señor don Modesto Inocencio Josef, tiene usted gravemente ofendido á un esposo respetable, y es necesario que le dé usted una satisfaccion.

Silv. Perfectamente.

Modest. Señor Pincha Sapos... esa broma pasa ya de castaño oscuro...

Cuch. Aquí no hay bromas, caballero... Este asunto es puramente personal, y si usted se niega, si desgraciadamente, mi ahijado fuese muerto ó herido, yo ocuparé su puesto...

Modest. Que lo que usted quiere es ocupar su puesto, lo sé perfectamente; pero...

Cuch. Vamos, caballero, déle usted una satisfaccion amistosa y yo me encargo (*Bajo, aparte.*) de arreglar la boda con la confiterita de Utrera.

Modest. Será cierto?.. y cómo podré?

Cuch. Vamos, dígale usted que se arrepiente de haberse introducido en su domicilio... de haber querido seducir á su señora!...

Modest. Pues bien, me arrepiento de haberme introducido en su casa... me arrepiento de haberle conocido...

Cuch. Cómo!...

Modest. No... de haber tratado de seducir...

Cuch. (*A Silvestre.*) Acepte usted y yo me encargo de alejarlo.

Silv. Caballero, es usted mi ángel bueno. (*A Modesto.*) Acepto y me doy por satisfecho.

Cuch. Y con el objeto de afirmar esta reconciliacion, el señor Centellas concede á usted la mano de su sobrina.

Modest. De veras?...

Silv. Es que yo no he dicho...

Cuch. Es el medio mas ingenioso para alejarlo de Madrid y asegurar la tranquilidad en vuestra casa.

Silv. Le concedo, pues, la mano de mi sobrina: pero caballero, yo no sé cómo pagar á usted todo el interés que en esta ocasion ha tomado usted por mí, y mi reconocimiento...

Anem. Convídale á comer!...

Silv. Caballero, se dignaria usted aceptar hoy un sitio en mi mesa y un lugar siempre en nuestra amistad?

Cuch. Con mucho gusto!... no faltaré.

Modest. Lo que es el mundo!... hé aquí otro predesti-

nado. (*A Silvestre.*) Me queda un favor que pedir á usted.

SILV. Cuál?

MODEST. Que me vuelva usted el pedazo de mi capa para llevarla al sastre del portal, que me la cosa bien, y en seguida parto para Utrera donde me espera la felicidad, con la sobrina de su tio. (*Dirigiéndose al público.*)

No tendrá nada de extraño,
pues tan desgraciado soy.
que en Utrera, á donde voy,
sufra un nuevo desengaño.
Tal vez un chusco en mi daño
tenga la plaza ocupada...
Mas hoy no se muestre airada...
será mi dicha cumplida
si escucho á mi despedida
un aplauso, una palmada.

FIN.

l oficialito.
taque y defensa.
inesillo el aturdido.
chaques del siglo actual.
n hidalgo aragonés.
n verdadero hombre de bien.
a esclava de su galan.
ecado y expiacion.
ortuna te dé Dios, hijo!
o se venga quien bien ama.
a estudiantina.
a escala de la fortuna.
mor con amor se paga.
apas y sombreros.
rdides dobles de amor.
buen Santiago.
a es tarde!
n cuarto con dos alcobas.
o que es el mundo!
odo se queda en casa.
esde Toledo á Madrid.
Rey de los primos.
a caverna invisible.
uien bien te quiera te hará llorar.
arica-enreda.
aquezas y desengaños.
a amistad ó las tres épocas.
Diablo las carga.

EN DOS ACTOS.

esdichas de Timoteo.
a luna de miel.
n ente como hay muchos.
rnelio Nepote.
s pretendientes del dia.
s dos amores.
udas del alma.
po, ó el Principe de Montecresta.
s diez de la noche.
congreso de gitanos.
preceptor y su mujer.
ley Sálica.
n casamiento por hambre.
tes que todo el honor.
n divorcio!
hija del misterio.
s cucas.
rónimo el albañil.
aría y Felipe.

EN UN ACTO.

La señora de Mendoza?
De fuera vendrá...
Juan el tornero.
La doctora en travesuras.
Un milagro del misterio.
La mula de mi doctor.
A los piés de V., señora.
Remedio para una quiebra.
El sistema de Felipa.
El sistema de Felipe.
La mujer de dos maridos.
Ladron y verdugo.
La astucia rompe cerrojos.
Un viaje alrededor de mi mujer.
Un viaje alrededor de mi marido.
El marido universal.
Un sentenciado á muerte.
No se hizo la miel...
Los preciosos ridículos.
Lo que al negro del sermon.
La union carlo-polaca.
Pepiya la aguardentera.
¡¡Ingleses!!
Un fusil del Dos de Mayo.
Cuerdos y locos.
Pst., Pst.
Entre Scila y Caribdis.
Al que no quiere caldo.
La piel del diablo.
Si buenas ínsulas me dan...
El perro rabioso.
De qué?
La herencia de mi tia.
La capa de Josef.
Alí-Ben-Salé-Abul-Tarif.
Los apuros de un guindilla.
El sacristan del Escorial.
El sol de la libertad, *loa*.
Amarse y aborrecerse.
Trece á la mesa.
Dos casamientos ocultos.
Cinco piés y tres pulgadas.
A la córte á pretender.
Con el santo y la limosna.
De potencia á potencia.
Las avispas.
El aguador y el misántropo.
Acertar por carambola.
El rey por fuerza.

Las obras de Quevedo.
Un protector del bello sexo
No siempre lo bueno es buen
Huyendo del peregil.
El chal verde.
El don del cielo.
La esperanza de la patria, *lo*
Alza y baja.
Cero y van dos.
Por poderes.
Una apuesta.
¿Cuál de los tres es el tio?
La eleccion de un diputado
La banda de capitan.
Por un loro!
Simon Terranova.
Las dos carteras.
Malas tentaciones.
Dos en uno.
No hay que tentar al diablo
Una ensalada de pollos.
Una Actriz.
Dos á dos.
El tio Zaratan.
Los tres ramilletes.
El corazon de un bandido.
Treinta dias despues.
Cenar á tambor batiente.
Las jorobas.
Los dos amigos y el dote.
Los dos compadres.
No mas secreto.
Manolito Gazquez.
Percances de un apellido.
Clases pasivas.
Infantes improvisados.
Por amor y por dinero
¡Estrupicios por amor!
Mi media naranja.
Un ente singular!
Juan el perdío.
De casta le viene al galgo.
¡No hay felicidad completa!
El Vizconde Bartolo.
Otro perro del hortelano.
No hay chanzas con el amo
¡Un bofeton!... y soy dichos
El premio de la virtud.
Sombra, fantasma y mujer.
Cuerpo y sombra.
Un angel tutelar.
El turron de Noche-buena.
La casa deshabitada.
Un contrabando.
El retratista.
Un año en quince minutos.
¡Un cabello!
Como usted quiera.

ZARZUELAS CON SUS PARTITURAS A TODA ORQUESTA.

Concha!
Diego Corrientes.
El Padre Cobos.
Una aventura en Marruecos.
Hay dé ó el secreto.
El Tren de escala.
Aventura de un cantante.
La estrella de Madrid.
Don Simplicio Bobadilla.
El Duende.
El Duende, segunda parte.
Las señas del Archiduque.
Colegialas y soldados.
Tramoya.
Gloria y peluca.
Palo de ciego.
Tribulaciones!!
El campamento.
Por seguir á una mujer.
Buenas noches, señor don Simon.
Misterios de bastidores.
El marido de la mujer de don Blas.
Salvador y Salvadora.
¡Diez mil duros!
Los dos Venturas.
De este mundo al otro.
El sacristan de San Loren
El alma en pena.
La flor del valle.
La hechicera.
El novio pasado por agua
La venganza de Alifonso.
El suicidio de Rosa.
La Pradera del Canal.
La Noche-buena.
Una tarde de toros.
Partitura del Duende, p piano y canto.

ADVERTENCIA.

Pidiendo ejemplares á la Direccion se hace una rebaja propo cionada á la importancia del pedido.